

Kirguistán | Unos cuantos militares españoles dedican su tiempo libre a ayudar a los niños de dos orfanatos

Los “renglones torcidos de Dios” en Kirguistán

ZARAGOZA. Hace casi cuatro años, con la llegada de las tropas españolas a Afganistán, un militar español comenzó una tarea voluntaria y anónima en Kirguistán, un país desconocido, situado en el corazón de Asia, donde la vida discurre como en la España de los años 60.

“Él, en su tiempo de descanso, comenzó a llevar un poco de afecto a unos niños que, por falta de recursos, han sido olvidados en orfanatos estatales en estado de semirruina, donde la ayuda del Gobierno, si realmente existe, llega con cuentagotas”, narra Luis Salazar. Este militar zaragozano es uno de los españoles gracias a quienes “la ayuda, que empezó siendo sólo un puñado de caramelos para endulzar a los pequeños su amargo sabor de la vida”, continúa viva tras la muerte de su iniciador en el accidente del Yakovlev-42 en Turquía.

Kirguistán fue la primera república en separarse de la antigua URSS. La separación fue pacífica, pero aún así, como en muchos hechos históricos, siempre hay ga-

nadores y perdedores. Los kirguises se lamentan y afirman que los rusos se llevaron todo aquello que tenía valor. Desde entonces ha pasado mucho tiempo pero Kirguistán apenas ha evolucionado.

Hay barrios sin luz y calles sin asfaltar en las que infantiles limpiabotas se ofrecen por una moneda. No hay sociedad media; mientras los ricos viven opulentamente, muchas madres solteras, niñas sin porvenir, se ven obligadas a dejar sus hijos en orfanatos.

A dos de estos centros prestan su tiempo libre algunos hombres de las tropas españolas destinadas en el país. Hace dos meses, este reducido grupo de militares, junto con una cooperante de la ONG Alpine Fund, visitaron sendas instituciones.

En el primero viven “chicos y chicas no deseados a quienes sus familias han querido olvidar pero que, el día de mañana, se incorporarán a la sociedad de su país, con mayor o menor éxito, pero con posibilidades en esta vida”, cuenta Salazar.



Habitación de uno de los orfanatos en Kirguistán. L. SALAZAR

Por desgracia, no se puede esperar el mismo destino para los 230 internos del segundo orfanato. Son niños con deficiencias físicas, psíquicas y malformaciones; “niños que ni siquiera sabes si tienen piernas y brazos porque permanecen con la ropa atada y sujetos a una cama”, narra el zaragozano, aún emocionado al recordar ese primer contacto.

“Nadie está suficientemente preparado para ver esa realidad. Siempre hemos oído hablar de los renglones torcidos de Dios, pero cuando estás frente a ellos, todo se empequeñece”, asegura.

La situación de estos menores es muy precaria. Necesitan una educación, unas instalaciones decentes y sobre todo, alimentos. Salazar recuerda: “Una niña me

llevó hasta un árbol del jardín, si es que aquello puede llamarse jardín, y me pidió que sacudiera el árbol. Al momento, todos los niños se abalanzaron sobre las incomedibles ciruelas que habían caído al suelo”.

Necesidad de afecto

Más allá del hambre, lo que más necesitan es afecto. “En los primeros momentos tienes reparos a tocarlos por su suciedad y sus enfermedades. Te encuentras con las manos vacías, sin nada que darles, pero ellos sólo piden contacto. Así, de forma mágica, aunque no hablas el mismo idioma, se produce la comunicación”, asegura Salazar, quien cuenta su labor no por reconocimiento, sino en busca de una ayuda en Aragón.

Kirguistán



Superficie: 198.500 km²

Población: 5.200.000

Religiones: musulmanes 75%, ortodoxos rusos 20%, otras 5%

PIB per cápita: \$2.700 (2000)

Área del detalle

HERALDO

Este zaragozano, junto a sus compañeros, no cesa de recoger ropa y organizar campañas, mientras unas lavadoras esperan un hueco en el próximo Hércules para ser trasladadas a los orfanatos.

Ahí serán bien acogidas por los cuidadores, que a falta de pañales, lavan a mano a diario, a temperaturas muy por debajo de los cero grados, las telas en las que defecan unos niños que no saben o no pueden ir al baño. Estos pequeños quizá ni aprecien la llegada de los electrodomésticos, pero como en cada despedida, tras una tarde de juegos y cariño, cuando los militares españoles les digan “paká” (adiós), los niños les contestarán, deseando que regresen, “da svidania” (hasta luego).

P. MARCO VILLATE